# Poesía, fuga y poesía (pianissimo)

*Jorge Urrutia*

Se despide el poeta. ¿Puede un poeta despedirse? Tal vez pudiera hacerlo como hombre. Incluso como hombre que escribe. Pero como poeta, permanece en el poema, es compañía constante, habitante por siempre de nuestro espíritu lector. Compañero perenne. Es su gloria y su condena.

Por razones obvias, que más de uno comprenderá facilmente, no voy a referirme a una despedida del hombre. Por no contradecirme, tampoco lo haré a la despedida de la poesía. Sólo puedo y quiero hablar de la despedida del que escribe, del adiós pretendido del escritor.

El poeta busca la poesía. Pretende trenzarla con sus dedos. De aire. De soplo. De voz. Pero de voz fijada, hecha tinta en el blanco tan puro de la página. ¿Pudiera ser la única poesía pura aquella que deja impoluto el blanco? La poesía es aire y vuela en el aire como un ave soñada. Pero si la alcanzamos deja de ser el sueño. Si la escribimos deja de ser blanca la página y vuélvese mancillada. Pero si no se escribe, no existe. Ni existe el poeta. Ni existe el lector. ¿Incongruencia? ¿Contradicción? Tan sólo belleza de la necesaria paradoja. ¿Cómo no deshacerse en llanto de impotencia al cabo de una vida?. No está la poesía donde quiso posarse. La poesía aparece al cabo del tiempo como un juego de cartas, como una combinación matemática, como un rompecabezas. Una construcción de inútil fiereza (de inútil belleza), que ensayara los temas y los sentimientos y que perdió, por necesaria esencia redundante, su aire.

Alguien pudiera decirme: "-Qué tramposo es usted, mal prologuista, infame miembro de la infame turba crítica, ave carroñera que devora y desgarra los textos. Deshace usted en juego paradójico la tragedia expresada en el poema. Olvida al hombre para describir la columna cifrada de los versos. Usted no es un lector de poesía, sino un corredor de bolsa". Erraría ese alguien.

La poesía vista en su imposibilidad y en el deseo que de ella tiene el poeta, es pretensión eterna de Sísifo, metáfora perfecta. *Ya el esfuerzo / de subir cada tarde roca o rosa / a la sombra, da luz,* dice el poeta. La roca la subía Sísifo. La rosa Juan Ramón Jiménez. Todo compone un cuadro en el que refugiarnos y leer lo que otros escribieron antes de uno. Los demás fracasos. ¿Hay vida que no sea un fracaso? ¿Hay poema que no testimonie el fracaso de su escritura? Luz, más luz, pidiera Goethe. Su vida quedaba, desde el final, hecha paisaje en sombra. Por mucho que uno rompa la paz de las cosas o el conflicto en el que están sumidas, por mucho que uno llegue, centauro destructor, o elefante en la cacharrería vieja y desconchada que quisiéramos renovar, las cosas son tenaces, resisten tercamente y mantienen fundidas las luces de sus escaparates.

El poeta empieza hablando del futuro. ¿Qué puede hacer? ¡Qué seguro está de lo que va a hacer! La esperanza se vuelca en el hijo, símbolo, receptáculo, campo de labor. Luego, el hombre poeta se vuelve sobre sí mismo. Mira el pasado. Contempla los propios surcos de su vida. Ya no importa tanto el hijo. Retorna la sombra que resulta luminosa, la figura del padre. Las imágenes de infancia que lo mantienen, detenido, en silueta. Si el hijo era antes la luz de la poesía, ahora el poeta siente que él es producto de otra luz, la que emana del padre. Y, como el poema que surge de la luz, resulta insuficiente, imperfecto. Así también el hijo, el propio esta vez, no es más que un lejano fulgor que va apagándose. El hijo sombra no puede sino ser sepultura. Como el poema se descubre, a la larga, sepultura de la luz poética. Lugar en que se fija, se inmoviliza, se eterniza la muerte del texto. Y si el poeta no ha conseguido más que matar la luz, su vida no es sino una vela, apagándose, de sebo malo y amarillo.

Leopoldo de Luis es un poeta. Una luz y una sombra. Sísifo condenado a subir su cargamento de sombra, para darnos la luz. Mi luz, lector constante.

Madrid, 17 Enero 1994.